

La niña que sabía escribir. Cómo salvar al mundo de la inhumana metáfora de Los Mercados

The Girl Who Knew How to Write: How to Save the World From the
Inhuman Metaphor of "The Markets"

Rodolfo REZOLA AMELIVIA¹

Universidad de Salamanca

rodolforezola@hotmail.com

Recibido: 30/01/2013
Aprobado: 23/04/2013

Resumen:

Las personas vivimos con metáforas y con sus mundos posibles, como lo son los relatos de los Derechos Humanos y la Democracia que se dicen de muchas maneras, por ejemplo, con las metáforas de la niña que sabía escribir (*fragilidad*), de la niebla que invadía al mundo (*narración*) y del campesino que habló a sus hijos de un tesoro enterrado (*educación*). Las tres nos invitan a considerar que para cuidar la fragilidad de la dignidad humana necesitamos salvar al mundo de la inhumana metáfora de Los Mercados, educándonos, antes que como productores-consumidores, como ignorantes de la humana

¹ Coordinador del equipo de investigación-acción docente filosófica *Mi balza roja*; director de la revista iberoamericana de educación *Filosofía para niños* (<http://www.filosofiaparaninosvalencia.es/revista-fpn.html>); y editor de la colección *Cartografías imaginarias* en la editorial Laertes.

medida del enigma siempre abierto de la vida. Y así, quizás, investigando en comunidades de investigadores-narradores (CIN), podamos continuar nuestro relato, contingente y provisional, abierto por personas entre personas.

Palabras Clave: metáfora, derechos humanos, democracia, fragilidad, mercados, narración, filosofía, diálogo, imaginación, educación, cultura.

Abstract:

People live with metaphors and the worlds they make possible. Some such metaphors describe human rights and democracy, such as those of the girl who knew how to write (*fragility*), the mist that invaded the world (*narration*) and the farmer who told his sons of buried treasure (*education*). These three invite us to consider that in order to protect the dignity of humanity in its fragility, we must save the world from the inhuman metaphor of The Markets by educating ourselves to be, instead of producers and consumers, aware of our ignorance of the extent of the always-open human enigma of life. Then perhaps, exploring as communities of discoverers and narrators, we can continue our story, contingent and provisional, unlocked by people and shared among people.

Keywords: Metaphor, Human Rights, Democracy, Fragility, Markets, Narrative, Philosophy, Dialogue, Imagination, Education, Culture.

Creo que hay una verdad si pienso que, de hecho, mi pensamiento es solo reproductivo. Creo que nunca he descubierto un movimiento intelectual, siempre me fue dado por algún otro. Lo único que he hecho es apresarlos apasionadamente de inmediato para mi labor de aclaración. (...) Lo que descubro son nuevas metáforas .

Voy a dejar que sean otros quienes hablen en mí. Quizás sea eso pensar, conversar o dialogar –muchas veces con muertos– el misterio de la vida que es el misterio del tiempo, de la humana medida del mundo con la que andamos imaginándonos como personas que se sostienen mutuamente al reencontrarse en sus experiencias de vida. Quizás sea este el valor de la memoria en la que inventamos, al habilitarlos, nuestros sueños de identidad, con su eterno retorno a lo que siempre está por que lo hagamos venir, esa memoria que es imaginación e incertidumbre narrativa.

Claro que la única manera que se me ocurre para que sean otros quienes hablen en mí, es que sea yo quien hable con ellos. Quizás esta es la consigna narrativa del relativismo de la estrategia Protágoras: el diálogo entre personas es la medida de todas las cosas. Ese es el sentido que me interesa de aquel borgiano “el que prefiere que los otros tengan razón” . ¿Cómo si no sería posible pensar el sentido del mundo? Si no sostenemos una conversación con la humanidad, ¿cómo narices nos las apañamos para hablar el mundo?

La comunicación es esa técnica de supervivencia que educa nuestro deseo de crecimiento personal en las redes de relaciones que hacen posible nuestra instalación en el entorno como especie animal simbólica, es decir, como animales constructores de su saber hacerse lo que llegan a ser. Cuando imagino que los otros, como yo, o que yo, como las demás personas, somos una serie finita y continua de limitados y provisionales aprendices de la construcción del sentido del mundo –cuidadores de las palabras, usuarios de lenguas, creadores de la humana medida de las experiencias de vida–, lo que tengo por

delante es la propuesta wittgensteiniana de abrir “la pregunta de cómo hay que trabajar, apegándose a” ese “bosquejo” o “imagen verbal”.

En realidad, con la excusa de hablar con la niña escritora –cuyo nombre desconozco–, con Agua Fría, con el campesino que nos trae Simmel y con el imaginario narrativo de Wittgenstein, con quien quiero y voy a hablar es con vosotras hoy aquí, en este viaje por el tiempo para las personas que estáis presentes en este II Congreso Internacional de Filosofía Bajo Palabra en la UAM con el referente Filosofía, Democracia y Derechos Humanos, o bien para todas las otras posibles amigas lectoras que se vayan sumando a esta conversación abierta en cualquier otro momento –pero siempre en algún momento, en alguna circunstancia concreta– con posibles preguntas para que las hagamos venir.

Metáforas

Cuando me pregunto para qué servimos los animales humanos y cuál es el matiz o la diferencia que nos ayuda a sobrevivir en el medio, suelo imaginar que las personas vivimos con metáforas. Estas, las metáforas, son el terreno de juego del animal simbólico que parecemos ser: son los relatos que nos relatan, la mirada en la que nos reconocemos, los sentidos que usamos relacionándonos en las situaciones en las que nos pasa lo que nos pasa, la aventura de vida que nos envuelve cuando somos nosotros quienes la abrazamos.

Las metáforas de vida, esos *como si* con los que nos vinculamos al entorno para transformarlo con nuestra humana medida, son los ámbitos posibles de relación con la realidad que sentimos en nuestras experiencias de asociación humana. A la realidad de estas experiencias de vida nuestras, la llamamos *mundo* una vez que la hemos vestido con las formas de interpretación que hacen posible alguna de las variopintas y fabulosas maneras de estar en ellas habitándolas, convirtiéndolas en una casa, en un hogar, en un punto de referencia al que volver a descansar, en un territorio de familiaridad en el que sabemos a qué atenernos y a partir del cual partimos en nuestros viajes para explorar otros mundos posibles aún por concebir y realizar.

Son nuestro imaginario, ese puente de mediación simbólica con la situación, el sembrado de usos lingüísticos con los que cuidamos nuestra humana fragilidad con el poder del saber hacer interpretaciones del entorno que jueguen a nuestro favor en tanto que personas entre personas. Y así, la imaginación narrativa, cuando abre nuevas situaciones y otros posibles sueños por soñar, nos transforma. Algunas de esas metáforas y algunos de esos mundos posibles por concebir son los relatos de los Derechos Humanos y de la Democracia.

¿Qué pasaría si recreáramos la metáfora de los Derechos Humanos? Con la expresión *qué pasaría si*, recordamos que los Derechos Humanos son una investigación en nuestros juegos de lenguaje². Esta investigación sirve para cultivar nuestra imaginación socializándonos, introduciéndonos en las humanas medidas del mundo de nuestros anteriores. Con *Derechos Humanos* hablamos de un modelo ideal weberiano, de un tipo de vínculo humano, de horizontes o medidas de lo deseable para la convivencia. Estos relatos ya se han dicho de muchas maneras, por ejemplo, con las metáforas de la niña que sabía escribir, de la niebla que invadía al mundo y del campesino que habló a sus hijos de un tesoro enterrado. Y me pregunto qué pasaría si también usáramos la nueva metáfora con la que hablamos de los Derechos Humanos como de una comunidad de investigadores-narradores (CIN).

² Por cierto, un estilo de indagación que no deja de recordarnos a otras expresiones como *había* o *érase una vez... en un país muy lejano...*, *hace mucho, mucho tiempo...*, como en los cuentos.

Fragilidad (cuidado)

Con la primera metáfora hablamos de *nuestra fragilidad como creadores de mundos*. Como Derechos Humanos y Democracia son estilos de juego inventados por nosotros, los hermeneutas de sentido y cuidadores de las palabras, lo que contamos es su fragilidad, que es la fragilidad de las palabras y de nuestras formas de concebir maneras de vivir en el misterio del tiempo que hacemos con una historia ficticia de pasado, presente y futuro enredados en una única narración de vida. El surco del tiempo humano que cultivamos con la huella de la escritura no es el pasado, ni el presente, ni el futuro, porque las personas estamos como los gerundios: pasando, presentando e imaginando otros *posibles* (futureando); de manera que la niña que sabía escribir une, con su trazo de vida adquirida, las tres ficciones de *lo que es*, heredado de *lo que fue* y proyectado a *lo que será*.

En Sierra Leona, los guerrilleros cortan la mano derecha de los habitantes de una aldea antes de retirarse. Una niña, que está muy contenta porque ha aprendido a escribir, pide que le corten la izquierda para poder seguir haciéndolo. En respuesta un guerrillero le amputa las dos³.

La muchacha, como *niña*, es metáfora de *infancia*, es decir, no solo de una edad cronológica, sino de una actividad del espíritu –ese saber cómo usar las cosas al que se refería Dewey– que es *natura naturans* y nace del deseo de creación de uno mismo –voluntad de poder, como quería Nietzsche–. En este sentido, como *metáfora de creación o de presente*, el espíritu infantil es asimilable a la actitud de los que filosofan para concebir la posibilidad misma de reescribirnos al volver a contar el mundo de nuestras relaciones con el entorno. Pero la niña solo puede adquirir la habilidad creadora de mundos si viene y procede de algún lugar del que poder salir, porque para emanciparse es preciso estar en un lugar ya ocupado, en un ámbito de respuestas familiares de las que poder sospechar como orden establecido. Por eso, la niña, como metáfora de presente continuo, está engarzada en su pasado, en los relatos con los que sabe muy bien qué hacer, con su acostumbrado aire de familia.

Así pues, la niña *sabe*. Sabe *hacer* muchas cosas porque sus anteriores se las han contado o se las han mostrado, y este es el momento de pasado o de *natura naturata*. La medida del *saber hacer* reside en los procesos de comunicación entre personas y con sus diversas generaciones, de ahí que, en este sentido, el saber sea una *metáfora de cuidado o de pasado*, porque lo que las anteriores personas han hecho venir a su vez como metáforas, símbolos, estilos de convivencia o juegos-usos de lenguaje, no existe fuera de las mentes humanas, y somos únicamente las personas quienes podemos sostener los intereses, proyectos, valores, emociones e instrumentos que usamos como artefactos para mediar en nuestras relaciones con el entorno. Detrás del saber hacer de la niña habla el mundo de experiencias compartidas con quienes lo aprendió, las ideas platónicas mundanizadas en los condicionantes de los contextos humanos que habitamos. Los usos, los significados, las relaciones con sentido en el entorno, son juegos públicos, no lenguajes privados, de modo que se aprenden en la interacción de la convivencia sin apenas darnos cuenta y conforman nuestras creencias, las mismas con las que creamos nuestras maneras de vivir.

³ Marina, J. A. y Válgoma, M^a de la, *La lucha por la dignidad*, Barcelona, Anagrama, 2000, p. 11.

En el sueño democrático de los Derechos Humanos, ese saber hacer se abre proyectándose hacia lo que está aún por que lo hagamos venir, de manera que podamos reescribir cómo deseamos convivir. Para esta *metáfora de futuro* es precisa la *metáfora de la escritura* que hace de la memoria la imaginación que sostiene nuestros sueños de consciencia y de identidad personal solo cuando abre el juego de lo otro posible. Se trata, pues, también, de la *metáfora de la reflexión*: la escritura es simultáneamente el “fármaco de la memoria”⁴ y “un proceso abierto continuamente”⁵. Al liberarnos del momento, la magia de la escritura nos permite pensar el tiempo, pensar las palabras, pensar nuestra humana medida del mundo, pensarnos. Es una técnica que con su *extranjería* del momento fugaz de cualquiera de nuestras experiencias vitales, nutre la metacognición y nos abre la opción de elegir cómo deseamos vivir, de transformarnos: nos posibilita saber cómo hacer para recrearnos y, de esta manera, hacernos novelistas de nosotros mismos usando la reflexión para cuidar la escritura de uno mismo que es el relato de la *propia*⁶ vida.

La niña que sabía escribir pidió a sus agresores que no le cortasen la mano derecha porque no quería que le quitasen el poder de la palabra escrita, su poder adquirido, su saber hacer aprendido. Al fin y al cabo, nuestro poder como narradores o animales simbólicos y – para nosotros– como ciudadanos en las democracias, es un *saber hacer* con la imaginación narrativa de las palabras que abren nuevas situaciones para la convivencia y nos hacen hábiles para reescribir las *cartografías imaginarias* de nuestras asociaciones humanas. La niña, que quería conservar ese poder sobre el tiempo y sobre sí misma, cedía a sus crueles torturadores el placer de cercenar su mano izquierda, y a cambio solo pedía el derecho a mantenerse en ese territorio que había hecho suyo y en el que se mostraba y se hacía reconocer como una persona que abría su *juego de lo posible* con el poder de la escritura. La niña que sabía escribir quería ese derecho: el derecho a ser considerada como persona, incluso por sus agresores, el derecho a sentirse un poco más poseedora de su vida.

El resultado de las palabras de la niña suplicando por su derecho a la palabra fue que perdió las dos manos. Esa manera de actuar responde a una lógica aplastante, porque cuando se trata de negar a los demás la pertenencia al *nosotros*, ya no basta con infligirles dolor, además hace falta humillarles, decirles con los escupitajos y la sangre de la indiferencia que ellos no son uno de los nuestros, que ellos no son personas. ¿Con qué palabras podremos salvarnos de la crueldad humana? ¿Qué nos hace ser tan crueles? ¿Cómo aprendemos a ser inhumanos? ¿Por qué nos empeñamos en incrementar el sufrimiento de las personas? Y lo que me resulta más incomprensible: ¿Para qué?

Frente a la crueldad humana, algunos de nosotros preferimos el estilo de juego de los Derechos Humanos en Democracia como mediación simbólica con la situación, y lo consideramos mejor porque creemos que nos sirve para cultivar el sembrado de usos lingüísticos con los que cuidamos nuestra humana fragilidad con el poder de saber hacer interpretaciones del entorno que jueguen a nuestro favor en tanto que personas entre personas, de cuantas más mejor. Algunos preferimos vincularnos a todas las demás personas con un *nosotros* que une todos los rostros humanos en el reconocimiento y

⁴ Lledó, E., “Medicina para el recuerdo”, *El surco del tiempo*, Barcelona, Crítica, 2000, p. 51.

⁵ *Ibid.*, p. 25.

⁶ Estamos hablando de un sentido de propiedad que no es la de *Los Mercados*, ni siquiera en su versión de propiedad intelectual. Ser el propietario de la vida de uno mismo está simbolizado en lo que la niña sabe hacer, que no es otra cosa que escribir. La universalización de la alfabetización como aprendizaje de la escritura es uno de los requisitos básicos de la ciudadanía moderna que la distingue de la ciudadanía de los antiguos (como la de los griegos contemporáneos de Protágoras, Sócrates, Platón y Aristóteles).

sostenimiento mutuo. Esto lo hemos aprendido en una cultura entrelazada, mestiza e híbrida, en una cultura que suma proyectos de humanización y va olvidando, en el ámbito compartido de nuestras humanas medidas del mundo, las voces que se proclaman más allá de la autoridad humana. Si solo contamos con nuestra predisposición genética para construir el sentido del mundo; si no hay más medida, orden, razón, *logos* o principio de gobierno que el que nosotros inventamos como resultado de la convivencia mutua en el entorno; entonces, el apoyo mutuo nos sostiene, nos humaniza y nos empodera, con él incrementamos nuestro poder sobre nosotros mismos⁷.

Sin embargo, si cada aprendizaje de una red de relaciones culturales es una de las posibles maneras de interpretar las diferencias humanas, y si cada vez convivimos más en nuestra cotidianidad con las otras tupidas redes de interacciones, que cuentan con sus otros usos vigentes para la vida en común; entonces, ¿cómo conciliar los múltiples y variopintos *nosotros* con todos los distintos *otros*⁸ presentes en nuestras situaciones de vida? ¿Cómo podemos conciliar el respeto a la multiculturalidad en la nueva escenografía de la interculturalidad? ¿Cómo saber hacer con lo híbrido e intercultural nuevas formas de vida que jueguen a favor de todas las personas? ¿Es posible narrar un *nosotros* en el que nadie sea ni poseedor ni representante de la verdad y en el que todo el mundo tenga derecho a ser escuchado? Según comenta Milan Kundera en *El arte de la novela*⁹, este es el sentido de la metáfora de la novela que inventamos en Europa.

El juego de los Derechos Humanos es frágil porque es una construcción social de metáforas que son ajenas a la inmensa mayoría de culturas que los humanos hemos llegado a concebir. Y también lo es porque, con frecuencia, se usa como un ídolo hueco, como una etiqueta o marca de legitimación de *Los Mercados*, es decir, como tapadera para el beneficio privado de los individuos que gobiernan la política económica del mundo para su beneficio privado y en contra de los intereses del crecimiento personal y de la igualdad de oportunidades vitales de la inmensa mayoría.

Como todo lo frágil, adquiere su valor a través del uso cuidadoso, de manera que su debilidad es su fuerza porque no se proyecta contra los demás¹⁰, sino que hace del apoyo mutuo, de la comunicación cooperativa entre iguales en derechos y deberes, un estilo de juego para la vida en común.

¿Me pregunto cómo podemos mejorar el cuidado de nuestra fragilidad? Si nos hacemos personas al reconocernos mutuamente como tales y sostenernos así en nuestra humanidad, entonces, el cuidado de nuestra fragilidad es una tarea *entre personas*, ya que si no somos nosotros quienes hacemos venir los Derechos Humanos en nuestros estilos de vida, estos no existen. Si no transformamos el entorno en un mundo en el que merezca la pena vivir, ¿quién lo hará por nosotros? Por eso, me pregunto si no aprenderemos mejor a cuidar los Derechos Humanos con la metáfora de la comunidad de investigadores-narradores (CIN).

⁷ De la lucha por dominar a los demás y de cómo quedamos atrapados en la dialéctica del *amo* y el *esclavo*, desgraciadamente, ya sabemos demasiado, como hemos venido aprendiendo, antes con Rousseau, Hegel y Marx, y ahora mismo con el inhumano espectáculo de *Los Mercados* que muestran con los ciudadanos de Occidente una mínima parte de la crueldad con la que acostumbran a ensañarse con *los otros*, el resto de humanos que no solemos incluir entre *los nuestros*.

⁸ En este sentido, la niña que sabía escribir era un *otro* ajeno a la violencia amputadora de su agresor, ambos viven en el mismo tiempo y lugar, pero su situación no es la misma, ya que en el caso de la niña está mediada por el deseo de cuidar el poder del lenguaje escrito, mientras que en el caso de su torturador es una situación mediada por la voluntad de cuidar el lenguaje no verbal del poder amputador de manos y de sueños de vida.

⁹ Kundera, M., "La novela y Europa", *El arte de la novela*, Barcelona, Tusquets, 1994, p. 180.

¹⁰ Esa *proyección* sería la debilidad de la violencia contra los otros, ya que esta lo que necesita es negar para identificarse, que no deja de ser un camino infinito para escapar de uno mismo.

Narración (sentido)

La segunda metáfora llama nuestra atención sobre *los peligros del mito de la verdad* o de los discursos únicos –en cualquiera de sus perversas versiones– para el estilo de juego democrático de los Derechos Humanos que aspiramos a que sea inseparable de los relatos de la dignidad de las personas entre personas con toda su alegría de vivir.

Mientras dormían habían sido atrapados por las nieblas del olvido. (...) Cada vez que se echaban a dormir les costaba más trabajo despertar. La niebla del olvido les entumecía los músculos y embotaba las mentes. (...) Era como si la bruma estuviera devorando sus energías y convirtiendo su sangre en un humor espeso, lento y frío (...) No tenían deseos de vivir¹¹.

En su novela *Temblor*, Rosa Montero narra cómo la sociedad surgida de los restos que quedaron tras la destrucción de una civilización anterior (que bien pudiera ser la nuestra), está gobernada por mujeres, con Océano al mando de las sacerdotisas que poseen el poder de la hipnosis (para el que se supone que no están dotados los hombres) y residen en el Talapot, el templo desde el que se gobierna Magenta, la capital del imperio, y en el que se custodia el Cristal, símbolo de la Ley y del orden que todo lo gobierna. Sin embargo, algo no funciona porque hay una *niebla* que invade el mundo y hace que este desaparezca, incluyendo a las personas¹².

Todas las aventuras y experiencias de la adolescente Agua Fría nos sirven para sentir que un mundo de discursos y valores únicos, de leyes que son verdades absolutas e incuestionables y en el que las personas no saben cómo hacer para construir sus propios relatos de vida con sentido, es un mundo que se extingue porque en él no caben la identidad y los relatos personales, porque en él no merece la pena vivir sin espacios compartidos para la alegría. Con la pérdida de la ilusión y de la voluntad de *ficcionar* los sueños de vida, desaparece el deseo de crear mundos y la realidad se diluye en la viscosa amorfidad de la ausencia de narraciones que cultiven las ganas de seguir cuidando algún estilo de convivencia en el que podamos aprender a decirnos. Como nos recuerda José Jiménez: “Sentirse partícipes de un relato es la única vía de que disponen los individuos humanos para intentar actuar como protagonistas de sus propias vidas.”¹³

¹¹ Montero, R., *Temblor*, Barcelona, Seix Barral, 1995, pp. 110-111.

¹² Para luchar contra ella, los *Anteriores* transmiten sus recuerdos a los aprendices y se practica la mirada preservativa, como si la memoria de lo que existe pudiera evitar la inexorable desintegración de todo en las nieblas del olvido. Tras la muerte de su madre y su primera menstruación, Agua Fría (antes Talika) es elegida con doce años para ir al Talapot y entrenarse en las habilidades de gobierno de las sacerdotisas. Sin embargo, antes de entrar, una anciana le da consejos que le hacen dudar de la verdad del poder del Cristal y de la Ley, lo que, con el tiempo, le impulsará a escapar huyendo del sufrimiento del moldeado de la conducta para doblegar su voluntad. En ese viaje fuera del imperio, en busca de la respuesta a la razón por la que el mundo es engullido por la nada, conoce otras culturas y estilos de vida y llega hasta donde vive Oxígeno, la hermana gemela de Océano que es la anciana que provocó todo para que Agua Fría entrara en el templo, luego escapara y, finalmente, derrotara a su hermana, con quien está enfrentada. Tras darse cuenta de que ella tampoco sabe nada, regresa al Talapot en compañía de rebeldes que destruyen los cristales y derrocan a las sacerdotisas. Antes de morir, la Gran Sacerdotisa le dice que fue la avaricia de algunos y la pereza de otros lo que les llevó a inventarse la palabrería religiosa como engaño para personas cándidas, como una cuestión de poder y dominio sobre los demás, por lo que ocultaron el saber en el Talapot para perpetuar su sueño de poder absoluto. Ella tampoco sabía cómo acabar con la nada que les estaba borrando, aunque suponía que quizás un sueño diferente de vida haría que habitáramos otra realidad. Después, a Talika (Agua Fría) le quedó el nuevo mundo por construir y los nuevos sueños por soñar con la vida que lleva en sus entrañas.

¹³ Jiménez, J., “Complejidad de lo moderno”, *La vida como azar*, Madrid, Mondadori, 1989, p. 17.

Si nos concebimos como narradores, como constructores de formas, como creadores del sentido de nuestras relaciones en el medio, entonces los relatos únicos de los *mitos*¹⁴ están al servicio de quienes nos usan con su afán de tener poder sobre nuestras vidas, un poder que disminuye nuestras opciones vitales en la misma medida en que ellos imaginan que aumentan las suyas.

Al igual que las sacerdotisas usaban la mitología de la Ley y el Cristal para despojar a las personas del protagonismo de sus vidas; en nuestras sociedades, la única medida, ley o respuesta que nos dicen que tenemos a mano para la supervivencia y para la construcción de un cierto sentido de identidad compartido, es la nueva publicidad del *Estado-Empresa* que parece estar sustituyendo con bastante éxito al antiguo *Estado de la Soberanía Nacional* y no digamos ya al siempre incipiente *Estado del Bienestar*. La nueva metáfora mitológica de *Los Mercados*, con su sueño de bloque –que ahora se dice *globalización*–, de legitimación incuestionable del orden de cosas que nos hacen desear, nos invita a reconsiderar los sueños de sociedad abierta que cultivamos en la segunda mitad del siglo pasado, sustituyéndolos por la nomenclatura de la *productividad*, de la *financiación* y de la *prima de riesgo* que va enviando a los contenedores de reciclaje a las viejas, desusadas y siempre ingenuamente utópicas palabras igualdad, libertad y fraternidad¹⁵.

Como ocurría en *Temblor*, la niebla de *Los Mercados* invade lo que queda del fantasma de Occidente y diluye nuestro afán de resistencia, que es el momento de la palabra como experiencia de vida que nos puede transformar en personas diferentes a lo que nos es meramente dado, a la inmanencia de las reglas de juego que nos gobiernan. La metáfora de la globalización que nos adiestra para contentar a *Los Mercados*, es tan inhumana como lo son todos los sueños únicos, sin resquicio para el disentimiento y para cualquier concebible ámbito de *lo otro posible*, de lo que está aún por hacer y a lo que, en su sentido más vital llamamos cultura, como quería Ortega. La vida humana es cultural: no hay cultura donde no hay personas creadoras de sentido, y no hay personas capaces de escribir el mundo donde no hay usos lingüísticos compartidos para la creación personal de narraciones y para los sueños de vida propios.

¿Qué relación hay entre los guerrilleros amputadores, Océano y la casta de sacerdotisas y *Los Mercados*, por un lado, y la niña que sabía escribir, Agua Fría y todos nosotros, por otro? En los tres primeros casos, parece que hay seres humanos que actúan cruel y despiadadamente con otros seres humanos a los que no se les reconoce como tales y sí se les usa como objetos o cosas de las que uno parece ser el propietario: alguien legitimado para deteriorarlos a su antojo (bien amputando alguna de sus partes, bien engañándoles con

¹⁴ Entiendo por *mitos* esas narraciones, esas verdades incuestionables, definitivas y despiadadas, que nos *desprotagonizan* cuando nos hacen y nos escriben el destino, en lugar de ser nosotros quienes las elegimos a ellas con la voluntad de hacer nuestras narraciones de vida propia.

¹⁵ Quizás, el impacto más escalofriante de la actual crisis económica en el Estado del Bienestar es que nos estamos acostumbrando a dejar de considerarlo como un proyecto viable. Y lo que no es posible ¿para qué va a ser deseable? Tan ajenas a la frustración que hasta evitamos cuestionarla, las personas, *economizadas* por los relatos que nos dicen quiénes tenemos que querer ser, parece que solo aspiramos a continuar atrapados en las relaciones de producción que incrementan exponencialmente la injusticia social. El *síndrome del prisionero* del que hablo en mi ensayo *Filosofía y fragilidad* (Barcelona, Laertes, en prensa-2013) nos atenaza hasta el punto de preferir el autoengaño antes que la *cruel* emancipación que nos devuelva a la intemperie del suelo ilustrado kantiano de la mayoría de edad que llega cuando nos atrevemos a ser novelistas de nosotros mismos, como quería Ortega. Para que el espectáculo de la historia tenga sentido, más que al sueño del *progreso*, aspiramos ahora al sueño del *ingreso* -que es un *regreso*- en el orden mundial de los productores-consumidores cuyo fin último es mantener la armonía de *Los Mercados* con su desequilibrado reparto de la riqueza.

discursos de temor a las verdades únicas y absolutas, bien cercenando sus oportunidades vitales y estrangulando sus recursos económicos hasta el punto de provocar el suicidio de algunas personas). En los tres segundos, se trata de dar una oportunidad a la manera de contarnos a nosotros mismos con la metáfora de la *infancia* como *espíritu* y para ello hay que luchar con el lenguaje dado, cultivando la conciencia crítica del lenguaje y el pensamiento de las ideas preconcebidas.

La economía de mercado despersonaliza, no entiende de Derechos Humanos y no es un estilo de convivencia democrática. Si estos son nuestros parámetros de deseabilidad, *Los Mercados*¹⁶ son la respuesta que tenemos bien a mano, no lo dudemos más. Si aspiramos a Derechos Humanos y Democracia, *Los Mercados* son una metáfora inhumana, un timo, una engaño, un cuento adormecedor, una gran tomadura de pelo, la estafa al por mayor de este inicio de siglo XXI.

Y bien, si este es el panorama, la situación, si estos son los condicionantes en los que nos está tocando pensar crítica, creativa y cuidadosamente el mundo; entonces, ¿para qué poner en valor la actividad filosófica? ¿Cuál es la utilidad de las experiencias de vida filosóficas para reescribir Derechos Humanos y Democracia a favor de la igualdad de oportunidades vitales de todas las personas entre personas?

Educación (cultura)

La tercera metáfora está relacionada con los efectos colaterales de ciertos estilos de comunicación entre personas y nos enfrenta con la paradoja de *cómo podemos cultivar una educación para la emancipación de las personas*, que es, al fin y al cabo, de lo que se trata cuando de lo que se está hablando es de educación para los Derechos Humanos y la Democracia, de una cultura para los sueños de identidad con la imaginación e incertidumbre narrativa. En este sentido –con el que también escucho a Bruner cuando escribe que la tarea del maestro es la de “concienciar e informar sobre los modos de dar sentido al mundo”¹⁷–, creo que podemos leer esta cita de Simmel:

Cuenta la fábula que a la hora de morir, un campesino confió a sus hijos que tenía enterrado un tesoro en el sembrado. Muerto el padre, los hijos removieron de arriba abajo el campo, excavándolo profundamente, sin dar con el tesoro. Su esfuerzo resultó vano, pero al siguiente año la tierra así trabajada rindió una cosecha tres veces mayor que las anteriores¹⁸.

El relato popular que nos traslada Simmel, acerca de un campesino que al morir cuenta a sus hijos que en el sembrado hay enterrado un fabuloso tesoro, nos invita a cuestionarnos cómo nos comunicamos entre las generaciones de personas para continuar la conversación abierta de la humanidad acerca de cuáles son los estilos de juego para la asociación humana que están aún por que los hagamos venir.

¹⁶ Detrás de tanta abstracción, ahora mercantil, se esconden los intereses de quienes controlan en su beneficio propio las reglas de juego de la convivencia. Nietzsche decía que debajo de cada estilo de pensamiento o filosofía encontraba la biografía de quien la escribía. En este sentido, podemos parafrasearle diciendo que detrás de cada regulación económica de la convivencia se esconde el interés y el beneficio de aquellos pocos que controlan con ese ejercicio las vidas de todos los demás a su servicio.

¹⁷ Bruner, J., *La educación, puerta de la cultura*, Madrid, Visor, 1999, p. 10.

¹⁸ Simmel, G., *Sobre la aventura*, Barcelona, Península, 2002, p. 16.

Lo que nos cuenta la fábula del campesino es que el tesoro que este dejó a sus hijos comenzó por que él “confió” en ellos, puso en valor ese vínculo de reconocimiento, y fue de esta manera como les dio el poder para crear algo: cultivando él mismo un nexo de cuidado con sus seres más queridos para ayudarles a proteger su fragilidad y la de todas las personas. *Hay que creer para crear, como hay que crear para creer.*

El “tesoro en el sembrado” sí que resultó ser algo realmente valioso, que merecía la pena, algo que uno desea, anhela, pretende y busca, algo por lo que hay que luchar y esforzarse, algo que hay que cultivar, poner en movimiento, en proceso, en vías de realización, porque está por hacer. El tesoro del que hablamos fue sembrado por el padre al suscitar y provocar el afán de búsqueda de sus hijos, la activación de la voluntad de los que pasan a ser buscadores, aventureros, navegantes (como en *La isla del tesoro*, de Stevenson). ¿Y cómo logró cultivar esa motivación? Con una fábula, con un microrrelato, con una metáfora que nos dice cómo queremos ser cuando aspiramos a crecer como personas entre personas cultivando mutuamente nuestra humanidad con la imaginación narrativa: contándoles que *lo valioso es buscar*¹⁹.

El tesoro no es aquello susceptible de ser encontrado, sino lo que removemos y cambiamos en nosotros mismos como efecto colateral de nuestras búsquedas e incertidumbres, de los procesos mismos en los que vamos experimentando nuestros sueños de identidad. Lo que podemos llegar a desenterrar es lo que nuestros anteriores han escondido en nosotros al socializarnos, en las topografías de las experiencias de vida cotidianas que hemos ido absorbiendo acriticamente, esos vínculos y juegos de lenguaje con los que hicimos de nosotros lo que éramos *antes*, sin darnos cuenta, como personas-esponja. Como quería Wittgenstein, lo que está bien escondido es difícil de encontrar, y ese saber buscar se visualiza en la imagen de alguien que se rasca donde le pica, allí donde más lo necesita.

Los hijos “removieron de arriba abajo el campo” y se hicieron extranjeros en él, lo deshabitaron para hacerlo de nuevo habitable, lo transformaron, lo convirtieron en lo que no era y así se desubicaron, como lo hace el amigo de filosofar, también con esa lentitud suya para los resultados, porque lo que adquiere importancia son los procesos, la búsqueda misma como estilo de juego para la vida. De manera que “la tierra así trabajada”, ese nuevo territorio humano, investigado, revisado, reescrito, reconfigurado, reformado, reconstruido, vuelto a imaginar; “rindió una cosecha tres veces mayor que las anteriores” y fue más productiva que nunca para aprender cómo jugar mejor a favor de las personas entre personas, revolucionando y mejorando las relaciones con el entorno, transformando la situación dada a favor de sus hijos, que desearon esforzarse para encontrar algo valioso y aprendieron que lo valioso es el esfuerzo en sí mismo, el afán de búsqueda, de superación, crecimiento y creación de nuevas realidades.

¹⁹ Las personas que gustan de filosofar, son cuidadoras de las palabras que cuestionan las respuestas heredadas que se tienen a mano, funambulistas de las preguntas y hermeneutas del sentido, amigos del arte de dialogar que cultivan el cuidado del pensamiento compartido, ese espacio de libertad en el que, sacudidas por el encuentro con las otras voces, nos transformamos porque deseamos tener experiencias de vida que sean propias, con ese sentido de *propiedad* que nos han secuestrado, como tantas otras palabras, y que nada tiene que ver con las reglas de *Los Mercados*, sino que nace de la imaginación narrativa que se atreve a ser novelista de sí misma: la historia interminable de un nosotros desconcertante en el que continuar imaginando mejores formas de vida.

Se trata de un relato de futuro, sembrado en el pasado, pero que solo existe en el presente continuo, en las vidas de personas concretas, en momentos concretos, en una situación con sus condicionantes y sus humanas medidas del entorno, contingentes, provisionales, arbitrarias, inacabadas, en proceso, revisables, falibles; con sus miedos, sus expectativas, sus necesidades, sus imaginarios, sus propósitos, sus crueldades, sus incongruencias, sus efectos inesperados, sus sorpresas, sus caprichos y sus querer. Quizás el secreto de las vidas personales, el misterio del tiempo, sea cómo comunicar esa medida común del mundo para mejorar nuestros vínculos de humanidad.

¿No será que la educación, concebida como cultura, es la investigación-acción en nuestros usos de lenguaje? ¿Qué pasaría si transformáramos los vínculos sociales en comunidades de investigadores-narradores (CIN)? Y eso, ¿cómo se hace?²⁰ Se me ocurre que una manera de mostrarnos como una CIN, embarcándonos juntos, como ignorantes²¹, en el viaje hacia nuestras variopintas incompetencias²², sería *que nos viéramos pensar dialogando*²³.

Si interpretamos Democracia y Derechos Humanos como una CIN, como una continua experimentación en la convivencia con la que investigamos usos lingüísticos para transformar nuestras relaciones en los entornos que habitamos, entonces tenemos que cuidar la cultura en la que las personas se imaginan a sí mismas como narradoras y no como personajes narrados por los sueños de otros. El *tesoro* de esa cultura de investigadores-narradores está en cómo nos relacionamos o comunicamos las unas con las otras, y ya que “el poder no es más que un tipo particular de relaciones entre individuos”²⁴, si cambiamos las técnicas de comunicación estaremos transformando las relaciones de poder entre las personas y sospecho que también alterando el sentido de nuestras maneras o formas de *contarnos* quiénes somos, quiénes deseamos y quiénes podemos llegar a ser. Para provocar la búsqueda en las CIN puede resultar interesante ponerse a dar rodeos acerca de “que la cultura da forma a la mente, que nos aporta la caja de herramientas a través de la cual construimos no sólo nuestros mundos sino nuestras propias concepciones de nosotros mismos y nuestros poderes”²⁵.

Con la *estrategia Platón* de comunicación se busca el *ti esti*, el qué son las cosas; de manera que al contar con una unidad de medida única, universal, necesaria, incuestionable y definitiva para todos, con la *metáfora del ladrillo epistemológico* creemos poder formar y enseñar a los demás para transportar a sus mentes la Verdad que encontrarán en los sonidos de nuestras palabras, transmitiéndoles nuestras certezas, valores y creencias como si fuera posible fabricar o producir personas en serie que nos sirvan para competir mejor en *Los Mercados*.

²⁰ Para dar rodeos a la pregunta de cómo hay que comunicarnos en las aulas usando nuestra imaginación docente narrativa en CIN, puede consultarse mi ponencia “¿Y si fuéramos una comunidad de investigadores?” en www.educarm.es/kidsmart/docs/investigadores.doc (última consulta 15 de enero de 2013); y “Carta de navegación para un aprendiz de investigador”, publicado en la revista iberoamericana de educación *Filosofía para niños* [Año 4, nº 4 (2008), Valencia, CD]

²¹ Rancière, J., *El maestro ignorante*, Barcelona, Laertes, 2010.

²² Stenhouse, L., “El profesor como investigador”, *Investigación y desarrollo del currículo*, Madrid, Morata, 1991.

²³ En el libro Rezola, R. (ed.) *Otra educación es posible*, Barcelona, Laertes, 2013 (obra que inicia la colección *Cartografías Imaginarias*), realizamos un experimento que presenta a los lectores doce conversaciones sobre algún matiz del juego de lo posible en la educación para que sean ellos quienes lo personalicen, cada uno su ejemplar, con sus propios interrogantes para la investigación-acción educativa y con su epílogo para buscadores de inquietudes. Quienes así lo deseen podrán enviar sus reflexiones personales para estudiar su posible publicación en otro volumen que dialogue con el primero.

²⁴ Foucault, M., “Omnes et singulatim”, *Tecnologías del yo*, Barcelona, Paidós, 1990, p. 138.

²⁵ Bruner, J., *La educación, puerta de la cultura*, Madrid, Visor, 1999, p. 12.

Sin embargo, con la *estrategia Protágoras*²⁶ lo que buscamos es enriquecer las múltiples medidas humanas, particulares, contingentes, revisables y relativas a las situaciones y a los condicionantes del entorno que nos sean útiles para ir transformándolo de una determinada manera que juegue mejor a favor de nuestros proyectos compartidos en la *metáfora de las CIN*. En ellas se trata de *hacerlo todo sin hacer nada*, poniéndonos en situación de investigar dialogando el sentido incierto de nuestras relaciones en el medio y cuestionando cómo mejorarlas, como si al centrarnos en los procesos de comunicación ocurriera que lográramos hacer posible lo que parecía imposible: hacernos personas entre personas como un *by product* o efecto colateral de la convivencia misma.

¿Qué aspecto adquiere todo en torno a los Derechos Humanos?

Tiene sentido hablar de una serie infinita de árboles; desde luego, puedo imaginarme que una serie de árboles continúa sin fin.” (...) (El hecho de que aseveres que esta frase puede *pensarse*— ¿qué puedo hacer con eso? No importa. Su propósito no es el de hacer que se produzca niebla²⁷ en tu mente.) *Lo que* quieres decir—cómo ha de encontrarse? Debemos probar pacientemente cómo debe aplicarse esa frase. Qué aspecto adquiere todo *en torno de ella*. Entonces se hará manifiesto su sentido²⁸.

El sentido de los Derechos Humanos, es decir, de las relaciones personales que aplicamos al crearnos con ellos (como un *tipo ideal* weberiano, como un horizonte de deseabilidad), son los usos que asociamos al cuidado de nuestra fragilidad.

Decimos de los Derechos Humanos, como metáfora o narración con la que dialogamos el sentido deseable del mundo que habitamos, que son frágiles porque solo existen y se sostienen en nuestros sueños de humanidad que son relatos de personalización, y porque, al parecer, solo acontecen en el diálogo abierto en comunidades de investigadores que cuidan el reconocimiento mutuo y la igualdad de oportunidades vitales de personas entre personas.

Las tres metáforas, la de la fragilidad (cuidado), la de la narración (sentido) y la de la educación (cultura), nos invitan a considerar que para cuidar la fragilidad de los relatos de dignidad de las personas necesitamos salvar al mundo de la inhumana metáfora de *Los Mercados*, educándonos, antes que como expertos productores y consumidores para su mitología de bloque cerrado, como comunidades de investigadores-narradores, como ignorantes de la humana medida del mundo, como amantes de aquello de lo que carecemos, que es la respuesta al enigma mismo de la vida o al misterio del tiempo. Y así, quizás, podamos continuar imaginando nuestros relatos de los Derechos Humanos, como algo que merece la pena cuidar y contagiar, como las metáforas o juegos de lenguaje revisables abiertos por el diálogo de personas entre personas que fluye en las comunidades humanas de investigadores-narradores.

²⁶ Puede leerse mi relato de la reconstrucción de la filosofía y de la cultura a partir del abandono de la *estrategia Platón* por la *estrategia Protágoras* en Rezola, R., *Filosofía y fragilidad*, Barcelona, Laertes, en prensa (2013).

²⁷ Wittgenstein elige este poema de Frida Schanz para ilustrar un juego de palabras, y a nosotros nos sirve para agregar belleza y sentido a nuestro dar rodeos a la *metáfora de la niebla*: “Día nublado. El gris otoño fallece./ La risa parece marchitarse; queda silencioso el mundo/como si hubiera muerto en la noche./En el soto de oro y sangre/ nacen los dragones de la niebla/ y yace amodorrado el día./ El día que no quiere despertar.” (Wittgenstein, L., “Observaciones diversas. Cultura y valor”, op.cit., pp. 574-575).

²⁸ Wittgenstein, L.: op. cit. p. 785

Ese territorio que está por pensar, por contar, escuchar y escribir con la experiencia filosófica, es el ámbito, contingente y provisional, del equipo de investigación-acción docente *Mi balza roja* que hacemos público en los libros de la colección *Cartografías Imaginarias* en la editorial Laertes: uno de los variopintos itinerarios posibles para el cuidado mutuo de personas entre personas, un juego que, como la vida misma, creemos que merece la pena experimentar e inventar en la misma medida en que no sabemos cómo va a terminar.

Bibliografía

- Bruner, J., *La educación, puerta de la cultura*, Madrid, Visor, 1999.
Foucault, M., *Tecnologías del yo*, Barcelona, Paidós, 1990.
Jiménez, J., *La vida como azar*, Madrid, Mondadori, 1989.
Kundera, M., *El arte de la novela*, Barcelona, Tusquets, 1994.
Lledó, E., *El surco del tiempo*, Barcelona, Crítica, 2000.
Marina, J.A., Válgoma, M^a de la, *La lucha por la dignidad*, Barcelona, Anagrama, 2000.
Montero, R., *Tembler*, Barcelona, Seix Barral, 1995.
Rancière, J., *El maestro ignorante*, Barcelona, Laertes, 2010.
Rezola, R., *Filosofía y fragilidad*, Barcelona, Laertes, en prensa (2013).
Rezola, R. (ed.), *Otra educación es posible*, Barcelona, Laertes, 2013.
Rezola, R. (dir.), *Filosofía, ciudadanía y educación*, Valencia, Nau Llibres, 2011.
Imaginando el juego de lo posible, Barcelona, Laertes, 2013.
Stenhouse, L., *Investigación y desarrollo del currículo*, Madrid, Morata, 1991.
Simmel, G., *Sobre la aventura*, Barcelona, Península, 2002.
Wittgenstein, L., *Obras Completas II*, Madrid, Gredos, 2009.

